

CUANDO LA DERECHA SE DISFRAZA DE "NUEVA"

JOAQUIN RABAGO

La década de los ochenta parece que se inicia bajo el signo de un renacimiento conservador. Los "nuevos economistas" arrojan al cesto de los papeles las gastadas recetas keynesianas y propugnan la vuelta a una economía de mercado sin cortapisas. La mayoría silenciosa abandona su silencio y se lanza a una cruzada en pro de la reducción de los impuestos. Surgen incluso nuevos partidos con ese único punto en sus programas. Las socialdemocracias, que han proporcionado al Norte de Europa años de prosperidad y de paz social, pierden atractivo, mientras

que en los países latinos se produce una polarización de la lucha política entre los partidos conservadores y los de la izquierda comunista, que va comiéndoles el terreno a los socialistas. La derecha pierde sobre todo viejos complejos y se vuelve beligerante también en el terreno de las ideas, que hasta ahora parecía monopolio de la izquierda. ("La izquierda piensa —suele decirse—, la derecha gobierna".) En Francia surge la llamada "nouvelle droite"; en Norteamérica, los "neocons" o neoconservadores. Su enemigo común: el igualitarismo.

La "nouvelle droite", contra la hidra igualitaria

DESPUES de los "nuevos filósofos", de los que Raymond Aron decía hace poco que seguía buscando, sin encontrarla, su filosofía, la "nueva derecha". Lleva, como aquellos, etiqueta francesa, y ya se sabe que nuestros vecinos son maestros en eso de vender al mundo sus productos culturales.

Lo de "nueva" es también en este caso una "licencia comercial". Porque la "nouvelle droite" no lo es —como veremos— por sus ideas, y como grupo de pensamiento surgió realmente en 1968, en respuesta a la turbulencia izquierdista del mayo francés.

Ese año, importante por tantas cosas, el hoy gran preboste de la "nouvelle droite", Alain de Benoist, funda, junto con otros estudiantes ultraderechistas, un llamado "Groupement de Recherches et d'études pour la civilisation européenne", más conocido por sus significativas siglas: GRECE. Poco después, Benoist y Louis Pauwels, un escritor y periodista que había dado bastante que hablar algunos años antes con un libro titulado "El retorno de los brujos" (1), lanzan una pequeña revista titulada "La Nouvelle Ecole", que utiliza para divulgar las teorías filosóficas y científicas más reaccionarias.

Simultáneamente, el grupo organiza frecuentes seminarios y reuniones, siempre rodeadas estas últimas de ritos y símbolos propios del nacionalsocialismo. Sus encuentros solían comenzar con el saludo "Soleil, Race" (Sol,

raza), y parece que los miembros de GRECE se escribían unos a otros con tinta de color pardo.

En 1974, un miembro del grupo, en unión de algunos compañeros de estudios de la Ecole Nationale d'Administration, auténtico vivero de la clase política francesa, constituyen el llamado "Club de l'horloge" (Club del reloj), momento a partir del cual la "nouvelle droite" va a tomar un auge real. Junto a los nombres de Benoist y de Pauwels comienzan a sonar los de Ivan Blot, joven político del neogaullista Rassemblement pour la République, el partido de Jacques Chirac, quien se convertirá en presidente del Club; Jean Cau, futuro autor de "El discurso de la decadencia" (1978), y Louis Rougier, que escribirá "Del paraíso a la utopía" (1979). Serán también miembros del Club del Reloj quienes ayuden al amigo y confidente de Giscard, Michel Ponlatowski, uno de los ministros del Interior más duros que ha tenido Francia en los últimos tiempos, en la redacción de su libro "L'Avenir n'est écrit nulle part" (El futuro no está escrito en parte alguna), publicado en París también en 1979.

Grupo con conciencia de "élite", la "nueva derecha" comienza a gozar de auténtica popularidad en 1978. Y ello gracias al encargo que el magnate de la prensa francesa, conocido por sus viejas simpatías nazis, Robert Hersant, le hace a Pauwels para que dirija "Le Figaro Magazine". Pauwels llama inmediatamente



Alain de Benoist, el preboste de la "nueva derecha", en primer plano, junto al doctor Quentin de Bray, en una reunión de GRECE.

a su lado a Alain de Benoist y le nombra editor cultural del suplemento.

"Le Figaro Magazine" se convierte en una magnífica tribuna desde la que Benoist y Pauwels se dedican a lanzar las más rancias y reaccionarias ideas, no sin antes haberles dado hábilmente un cierto barniz pseudocientífico y pseudorrevolucionario. ¡Que

nadie se vaya a creer, con todo, que Benoist y sus caballeros del Club del Reloj se han limitado a las fuentes del moderno pensamiento reaccionario francés, que pueden ir de un Joseph de Maistre a un Charles Maurras! Benoist, por ejemplo, se ufana en su libro "Vu de droite" (1978) de haber leído lo mismo a Antonio Gramsci, a Karl Popper o a Rus-

sell que a Spengler o a Carl Schmitt. Lecturas que le servirán, a él como a otros miembros del Club, para mejor combatir ideológicamente esa carcoma de las sociedades modernas que es, según ellos, el igualitarismo.

"Nuestra civilización se muere hoy de un igualitarismo que parece triunfar en todas partes", escribe Robert de Herte, otro caracterizado representante de la "nouvelle droite". Utopía igualitaria que hunde sus raíces, según ellos, en la ideología judeocristiana, totalmente extraña al prematuro y auténtico espíritu europeo.

Rousseau, los enciclopedistas, y, por supuesto, Carlos Marx y sus secuaces no son sino "herederos de esa ideología igualitaria cuyas fórmulas —señala también Benoist— han florecido durante dos mil años". Una ideología, sin embargo, carente de fundamento. Para la "nueva derecha", los hombres, los grupos humanos, las culturas, son naturalmente desiguales e impermeables unos a otros. Y en apoyo de esta tesis, los teóricos del Club del Reloj sacan a relucir los trabajos de Konrad Lorenz, de Hans E. Eysenck, o las polémicas investigaciones de Christopher Jencks y de Arthur Jensen, quienes, en Estados Unidos, han intentado demostrar hasta qué punto la herencia genética influye en el cociente intelectual no sólo de los individuos, sino también de los grupos étnicos. Trabajos utilizados en aquel país para justificar la segregación racial en las escuelas.

Esas desigualdades naturales entre los individuos y los grupos, fundamento de un orden jerárquico y elitista, eran reconocidas en las viejas culturas europeas anteriores a la nefasta influencia judeocristiana. Frente a ese orden tradicional, el mito igualitario y universalista, inaugurado por el cristianismo y heredado luego por el marxismo, con sus inevitables secuelas: el economismo y la burocracia, es la razón y la causa lógica de la decadencia de nuestra civilización europea.

Y, sin embargo, para la "nouvelle droite", sólo en Europa está la salvación: en una Europa basada nuevamente en un orden jerárquico de carácter no ya hereditario, sino meritocrático. Pues los Estados Unidos vegetan hoy en el más chato de los mercantilismos, lo cual no debe en absoluto extrañarnos, ya que en su origen como nación está precisamente ese espíritu igualitario, de revuelta contra la jerarquía natural del orden social, que la

"nueva derecha", por el contrario, reivindica.

Consecuentemente con esa búsqueda que proponen de las viejas raíces culturales de los pueblos indoeuropeos, los ideólogos de la "nueva derecha" ven con simpatía el resurgir de los nacionalismos —vasco, bretón, occitano, galés, etc.—. "¿Qué son las barreras históricas —escribe Benoist— comparadas con las barreras de la sangre?". Y también: "Las patrias históricas son perecederas; las de la sangre son eternas".

Aunque la "nueva derecha" afirme expresamente no rechazar las instituciones políticas como tales, en toda su crítica se halla implícito un rechazo de la democracia. Porque, como afirma el propio Benoist, "más importantes que las instituciones del sistema político son los mitos heredados del Volksgeist (del espíritu del pueblo)".

Así, hace más o menos cincuenta años, hablaba —nos parece recordar— Adolfo Hitler. ■

Patrick Daniel Moynihan,
senador demócrata
por el Estado de Nueva York
y ex embajador USA
en las Naciones Unidas:
un político para los "neocons".



Los "neocons", en defensa de la familia y las multinacionales

En esa Norteamérica mercantilizada y mundialista, que rechaza con virulencia Alain de Benoist y frente a la cual Jean Cau propugna una Europa que llegue del Atlántico a los Urales, incluida —¡oh paradoja!— una Rusia auténticamente nacional ("El discurso de la decadencia"), en esa América, al decir de la "nouvelle droite", pueril y decadente, parece también afirmarse de una nueva corriente conservadora que tiene con aquella —a pesar de sus dimensiones— más de un punto de contacto.

En una reciente crónica aparecida en el diario "ABC" (2), José María Carrascal se refería a cómo una publicación que está entre las más conservadoras de Norteamérica, "The New Republic", es citada con cada vez mayor frecuencia por el liberal "The New York Times", y a la

creciente influencia ejercida por ciertos comentaristas de derechas como George Will ("Newsweek") o William Safire ("The New York Times").

El padrino de los "neocons" (neoconservadores), que así se denomina a los representantes de la nueva corriente (por más que algunos de éstos rechacen la etiqueta), es, sin embargo, otro periodista de prestigio llamado Irving Kristol. Merece la pena detenerse en su biografía, aunque sólo sea porque hay en ella bastantes elementos comunes a otros neoconservadores. Por ejemplo, su origen judío (de Brooklyn) y sus tempranas inclinaciones socialistas. Para la mayoría de los "neocons", de modesta extracción social, ser socialistas significaba no sólo trabajar para la propia clase, sino también pertenecer a una élite moral e intelectual.

Como muchos de sus compañeros, Kristol tampoco pudo frecuentar ninguna Universidad de prestigio como Harvard, sino que hubo de contentarse con el modesto City College de Nueva York, de donde se graduó en 1940, antes de contraer matrimonio y ser trasladado a Europa para combatir en el frente.

Acabada la guerra mundial, Kristol vivió algún tiempo en Inglaterra y allí escribió artículos para "The New Leader" y "Commentary". En esta última revista, abandonadas ya sus veleidades socialistas, publicaría un polémico artículo titulado "Civil liberties, 1952: A study in confusion", donde atacaba a ciertos intelectuales liberales por oponerse a las investigaciones del comité de actividades antiamericanas del senador McCarthy. También en Inglaterra, Kristol colaboraría durante algún tiempo junto al poeta Stephen Spender (que había cantado a la República española durante nuestra guerra civil y ahora era ferviente anticomunista) en la revista "Encounter", que luego resultó estar subvencionada por la propia CIA (3). ▶

CUANDO LA DERECHA SE DISFRAZA DE "NUEVA"

De regreso a los Estados Unidos, Kristol se dedicó a actividades editoriales y lanzó en 1965 una revista trimestral con el título de "The Public Interest". En esta empresa le ayudó inicialmente un viejo compañero de cuarto del City College de Nueva York y ahora prestigioso profesor de Harvard, Daniel Bell, conocido profeta de la sociedad post-industrial ("The coming of post-industrial society", 1973).

Bajo la inspiración de Kristol, "The Public Interest" fue escorando cada vez más a la derecha, hasta que Bell, que gusta autocalificarse de "conservador

mantiene excelentes contactos con importantes fundaciones como la "Smith Richardson", el superconservador "American Enterprise Institute", de Washington, y con diversos tipos de instituciones como el "Hudson Institute", que dirige el famoso futurologo Herman Kahn, el "Center for Strategic and International Studies", al que aparece también muy vinculado Henry Kissinger, o la revista "Policy Review", que se distingue por su marcado antisovietismo.

Al grupo de pensamiento de Kristol pertenece asimismo otro brillante y polémico periodista

"big stick", del garrote, como instrumento de la política exterior norteamericana.

¿Cabe atribuirles a los "neocons" una ideología concreta como puede ser el caso de la "nouvelle droite"? Ellos lo rechazan expresamente y se declaran ante todo pragmáticos, lo que no quiere decir, por supuesto, que no pueda rastrearse un fuerte componente ideológico en sus escritos. Como la "nouvelle droite", los "neocons" son enemigos declarados del igualitarismo, aunque su rechazo no alcance la misma virulencia que entre los miembros del Club del Reloj. Al

Welfare State conduce al estancamiento económico y a la perpetuación de la miseria, en lugar de su eliminación. De ahí que desconflen profundamente de todo aquello que puede convertirse en un obstáculo para la expansión económica como la oposición de los ecologistas a la industria atómica. Y de ahí que sean, por el contrario, firmes partidarios del capitalismo multinacional.

Toda crítica desde la izquierda la consideran subversiva. El libertinaje y la sociedad permisiva dan el traste con el sistema de valores en que está cimentada la sociedad y precipitan la decadencia cultural. Decadencia que se traduce en una grave crisis de autoridad en el interior del Estado y en una creciente debilidad en el exterior, que es hábilmente aprovechada por Moscú y por los "no-alineados".

De los consejeros de Carter, los "neocons" sólo salvan a Brzezinski, que no en vano es uno de los personajes clave de la Comisión Trilateral. No es de extrañar por todo ello que la filosofía "neoconservadora" impregne totalmente el informe que esa Comisión presentó en 1975 bajo el título de "La crisis de la democracia" y en el que se advertía a Occidente contra cualquier exceso democrático: "Ampliar la democracia equivale a echar leña al fuego." La democracia tiene sus límites, que en ningún caso se deben sobrepasar. Y en el informe, firmado entre otros por Samuel Huntington, se señalaba como condición imprescindible para el funcionamiento eficaz de un sistema democrático, un cierto grado de apatía y de no-compromiso por parte de determinados individuos y grupos sociales, al tiempo que se negaba que la democracia fuese universalmente aplicable (5).

Si éste es, como parece, el tipo de ideología que nos deparará la década que comienza, ya podemos irnos preparando. ■ J. R.



Irving Kristol, el "padrino" de los "neocons"; Daniel Bell, profeta de la "sociedad post-industrial" y del "ocaso de las ideologías", y Norman Podhoretz, periodista, como Kristol, y redactor jefe de la superconservadora "Commentary", portavoz, junto a "The Public Interest", de la nueva corriente.

en lo cultural, socialista en lo económico y liberal en política", terminó por abandonar la publicación.

Entre los méritos atribuidos a "The Public Interest" figura el de haber popularizado, gracias a los artículos de un periodista llamado Wanninsky, asiduo colaborador de "The Wall Street Journal", donde le conoció Kristol, las teorías económicas de un entonces oscuro profesor de la Universidad de Chicago, Arthur Laffer. La llamada (por Wanninsky) "curva de Laffer", que señala la interdependencia entre reducción de impuestos y estímulo de la actividad económica de un país, proporcionó la base teórica a la cruzada antifiscal que se inició en California a mediados de 1978, en torno a la llamada "proposición 13" (4).

Gracias a sus patrocinios periodísticos y editoriales, Irving Kristol ha acabado convirtiéndose en un influyente personaje que

llamado Norman Podhoretz, hoy redactor jefe del órgano del Comité judío americano, "Commentary", la misma revista en la que Kristol publicó en los años cincuenta su escandaloso artículo en defensa del maccarthismo. O también —notable excepción dentro del grupo—, un apasionado y excéntrico político de origen irlandés: Daniel Patrick Moynihan. Un hombre que tuvo, al igual que otros "neocons", unos comienzos progresistas (fue abogado de grupos de color e incluso ayudó en 1964 a Lyndon Johnson a elaborar su programa para la "Gran Sociedad", se aproximó luego a las posiciones de Nixon en el tema de la guerra de Vietnam y consiguió durante su etapa de embajador de Estados Unidos ante la ONU enemistarse con la mayoría de los países tercermundistas). Hoy, Moynihan, senador demócrata por el Estado de Nueva York, figura entre los más fervorosos partidarios del

fin y al cabo, como señala oportunamente Alain de Benoist, en el nacimiento mismo de Norteamérica como nación está la semilla de la utopía igualitaria.

Al criticar las ideologías igualitarias, lo que en realidad combaten los "neocons" por encima de todo es el socialismo. Y lo hacen desde un punto de vista de clase media, temerosa ante la disolución de la familia y el resquebrajamiento del capitalismo, dos fenómenos que aparecen como interrelacionados. "Todas las revoluciones igualitarias acaban volviéndose contra la familia". "Es imposible defender el capitalismo sin defender también las desigualdades". "La familia legítima la desigualdad". "La actividad económica es una simple cuestión de incentivos" (Irving Kristol).

Para los neoconservadores, una distribución económica realmente equitativa sólo puede conseguirse mediante la tiranía. El

(1) Ver: "El fascismo de los brujos", por Ramón Cristóbal, TRIUNFO, 861.

(2) "ABC" del martes 18 de diciembre de 1979: "Inteligencia, izquierdas, derechas".

(3) "Stephen Spender: De la guerra española a la revista 'Encounter'", por Joaquín Rabago ("Tiempo de historia", número 34).

(4) "Vuelve la ley de la jungla", por J. R. (TRIUNFO, 807).

(5) Dossier: "La Trilateral ou la contre-offensive de l'imperialisme", Revista "Economie et politique" (julio-agosto de 1979).